XXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO A

EL CRECIENTE FERTIL

Padre Pedrojosé Ynaraja

El norte de Israel está coronado por una cinta de montañas de entre las que destaca el Hermón, de nieves perpetuas, hasta hace poco. Las estribaciones de la cordillera reciben el nombre de Anti-Líbano. Allí nace el río Jordán. Brota de tres fuentes que pronto se juntan, presumiendo entonces hasta de pequeñas cataratas. La corriente desciende rápida, descansa un momento en el Hule, cuyo nombre no es mencionado en la Biblia, para desembocar en el Lago de Genesaret, o mar de Tiberiades. Aprovecha el agua para deslizarse una grieta de la corteza terrestre que nace donde me vengo refiriendo y se prolonga hasta los grandes lagos africanos.

Os cuento esto, mis queridos jóvenes lectores, para que comprendáis que el episodio que nos cuenta el evangelio del presente domingo, ocurre en un lugar precioso. Se le ocurrió al reyezuelo de turno, edificar una ciudad allí, para darse importancia y perpetuar su nombre. De acuerdo con estas ideas, la llamó Cesarea (en honor del mandamás de Roma) de Felipe, pues, este era su propio nombre. Las primeras veces que estuve todavía era un lugar salvaje, ahora ya no, limpio sí, pagando la correspondiente entrada para poder verlo. Domina el paisaje un gran peñasco, pululaban damanes por entre agujeros y arbustos, brota un poco más abajo el Jordán. Parece ser que en tiempos de Jesús, el agua manaba del enorme agujero que subsiste todavía bajo la roca. Seguramente, consecuencia de un terremoto, se cegó el manantial y se escurre ahora el agua por entre guijarros, para aparecer mansamente unos metros más abajo. Se contaban de este antro muchas leyendas, se decía que se prolongaba hasta los niveles más inferiores de la tierra, entre otras cosas.

Jesús, que le gustaba la naturaleza, probablemente escogió este lugar una vez, para pasar la fiesta de los Tabernáculos, acompañado de los suyos. La excursión supone más de 80 Km. desde Cafarnaún, por un camino que sube junto al río. Llegarían cansados, pero la belleza se lo merecía. Y, pese a la ciudad recién inaugurada, este lugar era visitado principalmente por pastores. Era así porque tenían allí lugares de culto. Todavía vemos las hornacinas que albergaban el ídolo del dios Pan, su divinidad propia. Del nombre de este dios, deriva la palabra castellana pánico, dicho de paso. La soledad y el encanto del entorno, invitaba a las confidencias. En este singular ambiente, el Señor pregunta a sus amigos que pensaban las gentes de Él y que pensaban ellos mismos. Como a un enamorado le interesa la opinión que pueda tener de él su amada.

La soledad invita a ser sincero. Engañar es más propicio de la vida de ciudad, con sus mercados y mercaderes. Se adelanta impetuoso Simón y le contesta decidido: eres el Mesías. Al Maestro le parece bien la respuesta, le advierte que no ha salido de su talento. Si le recuerda que no son grandes su cabales, ve y proclama que es fruto de la predilección del Padre y del soplo del Espíritu, mayor suerte que ser lito. Es preciso corroborar aquella declaración. Ya que ha sido él el elegido, cambiará de nombre, de ahora en adelante le conocerán como Quefas, Petron en griego, peñón, en román paladino. Era lo lógico, situados como estaban bajo una enorme peña. Si pensaban que la caverna que se abría ante ellos, se prolongaba hasta lo más hondo y de donde emergían los poderes malignos, pues, le anuncia que no tema, le da poder para dominarlos. Será roca firme donde se asiente lo que tiene proyectado, una ecclesia, la vivencia estable donde residirá su futura creación. Los acompañantes han escuchado atónitos. Se les ocurría en su interior un montón de preguntas. Pero era mejor dejarlas para otra ocasión, les advierte con prudencia, mientras les confía que no deben explicar a nadie lo que han oído.

En aquel lugar parece que se escuche todavía hoy el eco de la pregunta: ¿vosotros quien pensáis que soy yo, que opinión tenéis de mí? Pero no nos engañemos, no es preciso desplazarse a aquella tierra para oírla. En cualquier momento y en cualquier sitio, el Señor nos interpela a nosotros con lo mismo. Cerrad los ojos, mis queridos jóvenes lectores, y preguntaos con sinceridad ¿Quién es Jesús para mí? ¿Qué cuenta en mí vida? ¿Cómo cuenta? ¿Cómo modifica mi conducta? De la respuesta que le deis dependerá en gran parte vuestro futuro. Os prometo que pediré al Señor que le respondáis con generosidad y valentía. Y os decidáis después. Solo así me creeré digno de continuar escribiéndoos y estimulándoos, para que sepáis tener tales virtudes.

Padre Pedrojosé Ynaraja